CANTO VI.

DE LA EPOPEYA. — CONCLUSION.

Con noble magestad la *Epica Musa*
Canta una accion heróica, extraordinaria,
Simple en el plan, en los adornos varia:
Asi Homero divino
A la atónita Grecia narró un dia
De la gran Troya el mísero destino;
De cien pueblos y reyes belicosos
En sus cantos fundó la eterna gloria;
Y del mayor imperio que vió el Asia
Solo dura en sus versos la memoria [1].
Mas no osó temerario
De diez años de asedio y de combates
Abarcar vanamente el curso vario:
En tan inmenso campo á un solo punto
Ciñó modesto el tímido deseo,
Y á su canto inmortal dió noble asunto
La cólera del hijo de Peleo [2].

Ni con prolijo afan subió molesto
Hasta el remoto amor del jóven Páris,
Al anunciar de Troya el fin funesto,
Ni menos siguió luego
Por tierra y mar, en lides y en trabajos,
La lenta hueste del airado Griego:
Casi ya por dos lustros amagaba
A la invicta ciudad con hierro y fuego,
Cuando en el campo argivo
La Discordia fatal su antorcha enciende;
Y en el crítico instante el gran Homero
Su noble canto entusiasmado emprende [3].
Asi tambien el Vate Mantuano
En el tirreno mar náufrago muestra
Por vez primera al ínclito Troyano:
De la implacable Juno
Escuchamos tronar el ronco acento;
Y su horrísona cárcel quebrantando,
Despeñarse en el mar el raudo viento;
Mas la serena frente alza Neptuno,
Calma á una voz al pérfido elemento;
Y libres ya del destructor amago,
Tocan las naves del piadoso Enéas
La leve arena de la infiel Cartago.
Allí arrancando con dolor profundo
La triste voz del pecho enternecido,
El caso extremo de la amada patria
El huésped narra á la sensible Dido;

Y cual salvando entre el voraz incendio
De los desiertos lares
Los dioses tutelares,
Los restos de Ilion y la esperanza
Del prometido imperio
Osó fiar á los ignotos mares [4].

Como el águila audaz que en libre vuelo
De la vaga region se enseñorea,
Cruza el inmenso cielo,
Y en su altísima cumbre suspendida
Contempla desde el sol el bajo suelo:
Tal el divino Vate,
En alas del ingenio remontado,
Abraza con su vista cuanto encierra
En sus inmensos términos la tierra:
Ve en el Asia remota
Arder y hundirse los soberbios muros
Que Neptuno labró; de Africa altiva
Crecer en la ribera
Del romano poder la rival fiera;
Y en el suelo latino
Abrir el Hado eternos
Los cimientos del pueblo de Quirino [5].

Cuanto fue, cuanto existe, cuanto esconde
El hondo porvenir, está presente
Del sacro Vate á la inspirada mente;
Y en fatídico acento
Anuncia á los humanos

Del destino los íntimos arcanos.
A su divina voz descubre Enéas,
De gloria y de virtud resplandecientes,
En los Elíseos campos
De Julio á los ilustres descendientes,
Y en el estrecho monte Palatino
Nacer el pueblo á quien triunfante un dia
Del mundo el cetro reservó el destino [6].

Modesta emprenda la veraz Historia
Los graves hechos referir fielmente,
Y el sagrado depósito inviolable
Religiosa guardar de gente en gente;
Mas sublime y audaz la *Épica Musa*
Exorna, inventa, crea;
Y á la verdad solícita imitando,
Con sus gratas ficciones nos recrea.
La oscura tradicion, la antigua fama,
La fábula ingeniosa al noble canto
Añaden nuevo encanto;
Y arrastrada en el curso impetuoso
De la rápida accion, la razon misma
No percibe su engaño delicioso [7].

Cual cayendo de un monte á la llanura
Ensancha un rio su veloz corriente,
Sucédense las ondas á las ondas,
Y corre y se apresura
Hasta hundir en el mar la hinchada frente:
Tal Homero sublime

Rápido lleva al leve pensamiento
De portento en portento;
Y con sorpresa grata,
Al acercarse al término anhelado,
Lo eleva, lo enagena, lo arrebata [8].
¡Con qué placer de su inspirado labio
El generoso Griego escucharia
De su triunfante patria el desagravio!
Cada cual, á su voz, reconocia
Las naves, las banderas, los blasones,
Los ínclitos varones;
Y al escuchar su acento,
La sangre hervir sentia
Y el pecho retemblar con noble aliento.
¡Oh, si me diera un Dios su voz sonora,
Y nacer venturoso en claro dia
Cuando la patria mia,
La frente orlada de inmortal victoria,
Ambos mundos llenaba con su gloria!
Altivo, audaz, invicto, impetuoso
Las enemigas haces arrollando,
Al Cid cual otro Aquiles cantaria,
Con su valor insigne
La gloria de los reyes eclipsando,
O á Córdoba triunfante
Llevando de Castilla los pendones
A cien y cien naciones;
O al gran Cortes, al español imperio

Uniendo con su brazo un hemisferio.
Cante con son robusto
El fogoso Lucano los horrores
De discordia civil, tintas las manos
En la sangre de míseros hermanos:
Con angustiosa pena
Volvemos de los bárbaros despojos
Los encendidos ojos;
Al ver ya sobre Roma la cadena,
Se estrecha el pecho, el corazon se oprime;
Y solo entre las ruinas de la patria
La sombra de Caton se alza sublime [9].
Mas cuando el sacro Homero
De Grecia canta la gloriosa lucha
Y el triunfo de sus armas lisonjero,
El hijo de aquel suelo venturoso
Con incansable ardor su voz escucha;
Le sigue al campo, al muro, á la pelea;
Blandir quisiera la robusta lanza;
Y agítase impaciente,
De Aquiles lamentando la venganza.
Mira, distingue, toca
Cual vivos los objetos variados,
En el cuadro bellísimo pintados;
Oye en los vientos el clamor de guerra;
Y al embestir la hueste,
Con profundo rumor temblar la tierra.
Como incendio voraz en alto monte

Por espaciosa selva se derrama,
Cunde veloz la llama,
Y llena con su lumbre el horizonte:
Asi corriendo á la mortal pelea,
En el inmenso campo
La hueste de los Griegos centellea.
Arde la lid; renuévase; mil veces
Correr vemos la sangre en la llanura,
A la márgen del Símois y del Xanto,
Junto á la misma armada mal segura;
Y en cada trance fiero
Nuevos héroes y hazañas y prodigios
Presenta á nuestra vista el gran Homero [10].
¡Pues qué cuando sensible nos ofrece
A Andrómaca abrazando al tierno esposo,
Y al ínclito Guerrero
Besando al tierno infante cariñoso!
Con lágrimas de amor y de ternura
Presenciamos la amarga despedida,
Escuchamos su voz, vemos su rostro;
Y de la lucha el término infelice
Con grave afan el corazon predice [11].
La columna y sosten de un vasto imperio,
El consuelo de un padre, augusto, anciano,
Ante sus mismos ojos
Víctima cae de enemiga mano;
Y en los campos testigos de su gloria
Hundida en polvo vil la regia frente,

El caudillo bizarro
Exánime y sangriento
Del vengativo Aquiles sigue el carro.
Como suele tras hórrida tormenta
Que en tenebroso luto envolvió el suelo,
Sentir el alma plácido consuelo
Cuando nuncio de paz Iris se ostenta;
Asi al ver aplacarse la atroz ira
Del fiero vencedor, la piedad blanda
Asilo hallando en su acerado pecho,
Calmado y satisfecho
Nuestro oprimido corazon respira.
Al fin da tregua á su furor Aquiles,
Y halla á sus pies en triste desconsuelo
Al tierno padre, al ínclito monarca,
Feliz un dia cuando quiso el cielo,
Y hora lloroso, humilde, arrodillado,
Al homicida mismo
De un hijo pide el cuerpo inanimado.
Demándale piedad, ínstale, ruega;
El recuerdo de un padre tierno invoca;
Y la mano cruel que hirió á sus hijos,
La mano con su sangre salpicada,
Trémulo estrecha y con sus labios toca.
Calla el héroe inmortal; mas ya en sus ojos
Lágrimas de ternura brotar veo;
Clávase allá en su mente
La memoria de un padre, anciano, ausente;

Y antes que el labio mueva, el dulce triunfo
De la santa piedad fácil preveo [12].
Parece que las Gracias conducian
El divino pincel del sacro Homero;
Afables cual en dia placentero
El ceñidor á Vénus ofrecian:
En sus inmensos cuadros
Fácil el plan el ánimo concibe;
Y en cien y cien figuras agrupadas
La accion, el rostro, la expresion percibe.
Aquel anciano grave
Que en el alto congreso de monarcas
Sus iras templa en ademan suave,
Es Néstor el prudente:
Con fingida modestia artificioso
Los ánimos rebeldes cautivando,
Oigo la voz de Ulises valeroso,
Cauto en el riesgo, en plática elocuente:
Intrépido, animoso,
Combatir y triunfar solo aconseja
Diomedes impaciente;
Si combate en el campo, es un torrente.
Allí unidos su hueste acaudillando
A entrambos Ayax veo:
Agil, veloz, fogoso,
Distingo al hijo del insigne Oileo,
Lanzándose á la lid, cual leon furioso,
Mientras firme y tenaz alzarse miro

De Telamonio el cuerpo giganteo,
Las enemigas haces contrastando;
Cual con inmóvil planta inmensa roca
Del mar y el viento el ímpetu provoca.
En medio de tan ínclitos guerreros
Con noble magestad descuella Aquiles;
Como brilla del sol á la vislumbre,
Alzada sobre un monte y otro monte,
De los nevados Alpes la ardua cumbre.
El rostro, el ademan, el fiero porte
Del héroe muestran la divina estirpe;
Parece Apolo en la veloz carrera;
Y en la batalla fiera
Blandir la lanza del feroz Mavorte [14].
Ricos despojos y gloriosa palma
Esperan los caudillos valerosos
Gozar un dia en apacible calma,
Al tornar á sus lares venturosos;
Mas el divino Aquiles
Para siempre la paz, el patrio suelo,
De un trono las delicias,
El tierno amor de un padre,
De un hijo idolatrado las caricias,
Intrépido abandona;
Y aun roja con su sangre
Ceñir anhela la inmortal corona:
Que sabedor de su enemiga suerte,
El decreto arrostrando del destino,

Ármase, lidia, triunfa,
Y al frente de Ilion busca la muerte [15].
Pendiente está de él solo
De numerosa hueste la esperanza,
La salud ó la ruina de un imperio,
El baldon de la patria ó su venganza;
Y do quiera qúe atónitos volvamos
La vista en derredor, grande, sublime,
Siempre al divino Aquiles divisamos.
Al eco de su voz, si airada suena,
De Pérgamo la hueste vencedora
Sus ímpetus refrena;
Tímido y mal seguro
Héctor, de mil laureles coronado,
Huye á su vista ante el troyano muro;
Y si obstinado en su implacable encono
El Caudillo inmortal su brazo niega
A la fatal refriega,
Al ver la inmensa hueste debelada
Y ya ardiendo la armada,
El clamor de los Griegos escuchamos;
Y con inquieto afan y mudo asombro
Aun mas grande en su ausencia le admiramos [16].
Mas no bastaba á Homero
De la humana natura
Desplegar la magnífica pintura:
Lleno de un Dios el inspirado pecho,
Deja la humilde tierra

En sus inmensos límites estrecho;
Y ya con vuelo osado se sublima
Del Olimpo á la cima,
Ya rápido desciende
Donde el profundo Abismo
Sus negras sombras pavoroso tiende [17].
De magestad ornado
Al poderoso Júpiter nos muestra,
De las altas Deidades acatado
Y ardiendo el rayo en su invencible diestra.
Sobre el tendido espacio
Del undísono mar reina Neptuno:
En su profundo seno
Brilla argentado el nítido palacio;
Y cual Céfiro leve
Que la espalda del mar apenas riza,
El carro de oro y nácar
Sobre las mansas olas se desliza.
Mas de hierro las puertas rechinando
Sobre el quicial eterno,
Lanzándose del trono
Al Dios descubren del profundo Averno;
Cuando temió que en su tremendo encono
Clavando el fiero Hermano su tridente,
Por el seno entreabierto de la tierra
Mostrara á los mortales
Las lóbregas mansiones infernales [18].
A la voz de la Musa soberana,

El mar, la fuente, el valle, el bosque umbroso,
El rio caudaloso,
Puéblanse de mil seres inmortales:
De espeso monte en las cavernas hondas
Refúgianse los Faunos y Silvanos;
Las Náyades mostrando el blanco pecho,
Juegan del rio en las tranquilas ondas;
Y seguida de rápidos Tritones,
Deja Tétis los brazos de Nereo
Para correr las líquidas regiones [19].
No es un leve vapor el que apremiado
En los cóncavos senos de la tierra,
Súbito desatado
Hace temblar sus íntimos cimientos;
Ni los hinchados vientos
Los que agitan el mar en cruda guerra:
De Neptuno el tridente
Levanta airado al piélago profundo;
Y en la cumbre mas alta del Olimpo
De Jove omnipotente
El ceño basta á conmover el mundo [20].
Si enseña grave la razon sublime
Que en honda providencia
Un Númen soberano
El orbe rige con potente mano;
La aurea cadena del divino Jove
En firme nudo al universo enlaza;
Del alto cielo pende;

Y en el inmenso espacio
La grave tierra y piélago suspende [21].
Como regia matrona,
En el solio magnífico sentada,
Muestra el manto de púrpura esplendente,
Y á la elevada frente
Ciñe con magestad aurea corona:
Asi la *Epica Musa*
Ostenta en pompa, en gala y en riqueza
De su celeste orígen la grandeza;
Desdeña audaz los tímidos acentos;
Y con vivas imágenes procura
Ennoblecer sus altos pensamientos.
De roble guarnecido y triple acero
Mostró su pecho el Luso celebrado,
Que en el inmenso piélago lanzado
Nueva senda al Oriente abrió primero:
Mas cuando á par del alto promontorio,
De lóbregas tormentas coronado,
Inmenso Espectro súbito aparece,
Y entre el remoto Oriente y el Ocaso
Tremendo veda el temerario paso,
La sorpresa, el asombro, el terror crece;
No es ya Gama un mortal; un Dios parece.
Cual sobre lecho de dorada arena
Explaya el Tajo sus raudales puros,
Y con murmurio plácido saluda
De Toledo imperial los altos muros:

No de otra suerte en el rotundo labio
De la excelsa Calíope resuena
Noble diccion, riquísima, sonora;
Y elevando su voz encantadora,
De grata admiracion el orbe llena [22].
Mas no á tan ardua empresa
Oseis alzar, ó jóvenes hispanos,
Los ánimos lozanos;
Que no dió Apolo á esfuerzos juveniles
Cargar en flacos hombros
La inmensa gloria del divino Aquiles.
Con rubio bozo el tierno Garcilaso
De guerreros laureles se cubria;
Y apenas se atrevia
A cantar en sus versos los amores
Y el dulce lamentar de los pastores:
De pámpanos y rosas coronada
Villegas ensayó la blanda lira,
Por el amor templada;
Y en el Tórmes tranquilo,
La paloma de Filis envidiando,
La misma Vénus inspiró á Batilo.
¡Dichoso aquel á quien las sacras Musas
La cuna remecieron,
Y lauro peregrino
Para ceñir su frente apercibieron!
Ya empero que á mi anhelo generoso
Ingratas niegan su favor divino,

Al pie del Helicon, la estrecha via
Que por su cumbre guia
De la gloria inmortal al sacro templo,
Mostraré con mi voz, no con mi ejemplo.